

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS



WALLACE REID

CUADERNO N° 14

35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO

estará dedicado a

RENÉ CRESTÉ

Uno de los más populares actores
franceses - El "Don Quijote" de las
películas - Detalles interesantes
de su vida y de su arte - "Judex"



EN PREPARACIÓN :

HESPERIA : WILLIAM S. HART
JUANITA HANSEN

CUADERNOS PUBLICADOS



N.º 1	Francesca Bertini
» 2	Ch. Chaplin (Charlot)
» 3	Douglas Fairbanks
» 4	Mary Pickford
» 5	Charles Ray
» 6	William Duncan

N.º 7	Pearl White
» 8	Gustavo Serena
» 9	Pina Menichelli
» 10	Max Linder
» 11	Margarita Clark
» 12	Eddie Polo
» 13	María Walcamp

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

WALLACE REID

POR

MIGUEL GARCÍA ACUÑA

EL ARTISTA DE LA
: : : SIMPATÍA : : :



ALLACE Reid es uno de los artistas más simpáticos del cinematógrafo.

Tiene una simpatía contagiosa, que se apodera de los públicos, que obliga a los espectadores a mirar con cariño su labor. Es como si todo él abandonase por unos momentos el lienzo donde se mueve y viniese hasta nosotros, extendiéndonos su mano, muy abierta, y dibujando con sus labios esa sonrisa suya, tan irresistible.

Por eso las mujeres lo aman. Por eso, las lindas casadas que han sabido desligarse de prejuicios, ven en él el amante ideal que les haría olvidar la monotonía de su vivir encadenado. Por eso las encantadoras tobilleras sueñan con un novio idéntico a él,

con su misma elegancia desprovista de afectación y con su mismo optimismo sano y atractivo.

Y hasta los niños y hasta los viejos no pueden sustraerse a aquellas redes de simpatía que el artista tiende desde la pantalla.

Esta es la característica del arte de Wallace Reid.

Podemos verle interpretar unos papeles dramáticos, intensamente dramáticos — como en *La olvidada de los Dioses*, — y entonces, admiraremos en el actor su ductilidad asombrosa, que le permite dar vida a los personajes más opuestos, poniendo siempre en su labor una gran cantidad de verismo y de arte. Pero no nos convencerá en absoluto. Sin querer recordaremos otras creaciones suyas, más simpáticas, más risueñas, y, aun a nuestro parecer lo preferiremos en este aspecto.

Y es que estas creaciones suyas tienen un encanto especial. El actor se nos presenta como el protagonista de una comedia moderna, una de esas comedias que se hacen en los Estados Unidos a base de unos amores contrariados, una ingenua muy bonita y un galán joven ideal. Hay en ellas, escenas de fina comicidad, y, a veces, unas notas ligeramente sentimentales añaden nuevos atractivos a la obra.

Es en este género donde el popular artista obtiene más sólidos triunfos. No hay espectador, por reacio que sea, que pueda resistir impasiblemente aquel derroche de simpatía de que el actor hace alarde en su trabajo. Porque es una simpatía tan natural, tan poco forzada, tan alejada de la afectación y del cálculo, que, forzosamente, ha de apoderarse de un modo instantáneo de todos los públicos.

Y he aquí como, gracias a esa simpatía, Wallace Reid es hoy el actor de moda. Los empresarios se disputan sus producciones, viendo en ellas una garantía de éxito. Y el público—sobre todo el público femenino—lo consagra como el galán joven más apuesto y más simpático.

¿Podemos censurar esto? ¿Podemos hallar criticable que un actor triunfe por su figura y por su risa más que por su talento?

No. El cinematógrafo es un arte singular, que se presta a extrañas paradojas. En el teatro, un artista genial como Zecconi, como Guitry, como la gran Sarah, pueden triunfar por el sonido de su voz, por el gesto dramático, por la cálida elocuencia de esos momentos intensos, en que, a veces, un grito marca una noche inolvidable.

Un artista de cinematógrafo, antes que nada, debe ser *photogénico*. Es decir, debe tener la cualidad sobresaliente de saber dejarse fotografiar, de modo que ningún gesto, ninguna actitud suya, resulte desairada en la película. Es éste un arte difícil, que radica más en la intuición que en el estudio.

De ahí que muchos actores que hemos aplaudido en el teatro, bañados por la luz de las candejas los hemos visto triunfar

una y otra noche de un modo rotundo, fracasen totalmente creando personajes en las películas. Y, en cambio, vemos en los elencos de los grandes estudios primeras figuras que jamás han pisado un escenario ni frecuentado las aulas de un Conservatorio.

No está en este caso Wallace Reid. Su antigua labor en el teatro le acredita como actor concienzudo y estudioso. Halló, sí, en el cine, un campo más amplio para desarrollar sus facultades, haciendo fuerza, en primer lugar, sobre su figura varonilmente bella y sobre sus músculos recios y sobre su elegancia desenvuelta.

Y esto que decimos no puede envolver una censura para el galán inimitable, sobre todo, teniendo en cuenta que otros muchos actores famosos se han apoyado en sus cualidades físicas para afianzar más sus triunfos.

De todos modos, Wallace Reid nos encanta siempre, nos sugestiona siempre, llevando muy alta la divisa de esa Escuela americana, que tiene como notas predominantes la naturalidad y el optimismo.

LOS COMIENZOS DE UNA

:::: VIDA GLORIOSA ::::

Allá por los años de 1882 empezaba a triunfar en los Estados Unidos un escritor vigoroso y lozano. Se llamaba Hal Reid, y en la paz de la bella ciudad de San Luis aquel hombre producía obras teatrales que se estrenaban con éxito en Nueva York y escribía novelas que mostraban su portada al sol en todos los escaparates de las librerías americanas.

Un día aquel hombre se casó. Y en el año 1892 escribió su obra maestra: tuvo un hijo, que sería el continuador de sus glorias.

Este hijo no era otro que nuestro amigo Wallace Reid.

Wallace Reid se educó, pues, en ese ambiente, un poco desordenado en que se mueven todos los artistas de todos los países. La Dama Bohemia lo acarició en su cuna, y, al nacer, le hizo el don de un espíritu aventurero e independiente, muy propicio para que en él germinasen todas las audacias y todas las quimeras.

Y fué a la edad de cuatro años cuando el futuro artista de cinematógrafo empezó a gustar el sabor de los aplausos, de esos aplausos que, en los momentos de fiebre creadora, ponían una venda optimista sobre los ojos de su padre.

Una compañía notable que recorría la República en una *tournée* gloriosa, visitó la ciudad de San Luis, con el propósito de dar allí una serie de funciones.

Entre las obras que llevaban de repertorio figuraba *Esclavos de oro*, una de las mejores producciones de Hal Reid, y los cómicos pensaron explotarla en aquella población meridional, donde su autor contaba con grandes simpatías. Pero se tropezó con una dificultad. Había en la obra un papel insignificante de niño, del que, sin embargo, no se podía prescindir. Aquello era una contrariedad que iba a hacer casi imposible el estreno de *Esclavos de oro* en San Luis.

Hubo entrevistas frecuentes entre el autor y los actores, y en una de ellas, la esposa de Hal Reid tuvo una idea salvadora.

¿Por qué el pequeño Wallace no se encargaba de la interpretación de aquel papel? ¿Por qué no se probaba, por lo menos, con unos cuantos ensayos?

La idea fué aceptada con entusiasmo. Y aquel niño, que ya asombraba un poco a las gentes con su precocidad, comenzó a ensayar el papelito con tal empeño y con tal comprensión, que al segundo ensayo la obra pudo ponerse en escena.

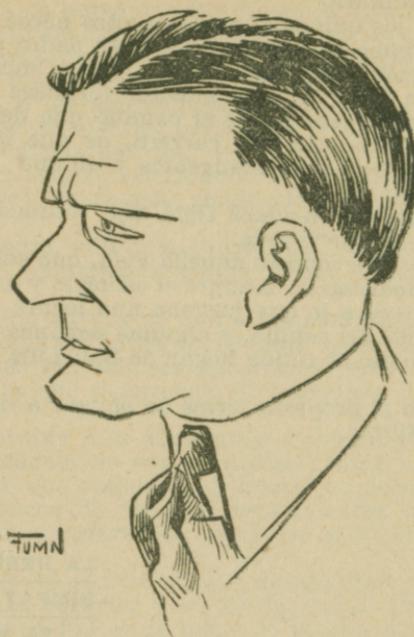
Fué aquella noche del estreno una noche inolvidable en la vida de Hal Reid. Un triunfo clamoroso y unánime premió su labor de autor dramático de fibra, y el público, aquel buen público de San Luis, que le quería y que le admiraba, le obligó a compartir su gloria con su hijo, con su «Wallacy», a quien él, en los momentos de intensa satisfacción, llamaba su obra maestra. Y una y otra vez el telón se levantó, y padre e hijo avanzaron hacia las candilejas, mientras, en el rincón más oscuro de un palco proscenio, la esposa del escritor lloraba de alegría, contenta de recluirse ella en la obscuridad para que brillasen más aquellos dos pedazos de su alma.

Desde aquella noche gloriosa, Hal Reid empezó a preocuparse seriamente de la educación de su hijo. Y el muchacho, acostumbrado a correr libremente bajo las palmeras de los paseos ciudadanos, tuvo, mal de su grado, que encerrar su alegría estrepitosa entre las cuatro paredes de un colegio.

Así fué creciendo, un poco alejado espiritualmente de aquellos estudios abrumadores, que se le antojaban demasiado fáciles para su despierta inteligencia. No. No eran aquellos rudimentos de Aritmética y de Gramática y de Geografía y de Historia lo que él ambicionaba poseer. Su curiosidad, una curiosidad de buceador heredada de su padre, le llevaba a leer clandestinamente todas las novelas, todos los libros de aventuras y de viajes que caían en sus manos.

De este modo, si bien adelantaba poco en las asignaturas corrientes del colegio, en cambio abría su espíritu a horizontes ignorados y bellos e inyectaba en su alma todos los dolores, todas las alegrías de aquellos personajes que desfilaban por las páginas de las novelas hurtadas de la biblioteca paterna, cuyas vidas él vivía con la misma intensidad que el autor había soñado.

Y en varias ocasiones sus padres lo encontraron vestido unas



Wallace Reid

Caricatura de Fumnn

veces de negro cimarrón, otras veces de capitán Nemo y otras veces de Robinson Crusoé. Su habitación, muy amplia, era el campo de sus hazañas. Y, como don Quijote, no necesitaba enemigos reales para luchar con ellos, pues su imaginación le bastaba y sobraba para llenar de trasgos y de monstruos aquel cuarto que su madre arreglaba todos los días amorosamente.

La cultura física fué la única educación que él aceptó sin titubeos. Y su fuerza y su agilidad se desarrollaron de un modo rápido, moldeando bellamente su figura y dando a sus músculos un vigor extraordinario.

Pero llegaron los quince años de nuestro héroe, y el mismo día que los cumplía hubo consejo familiar. El padre y la madre, algo inquietos por aquella libertad absoluta que el muchacho se había tomado, creyeron muy del caso mostrar fortaleza ante su vástago y hacerle ver que no era aquél el camino que debía seguir en la vida. Se habló de seguir una carrera, de que la ingeniería era campo fértil para hombres inteligentes y de que la milicia no era una cosa despreciable.

En aquella ocasión, Wallace Reid dijo rotundamente:

— Yo quiero ser periodista.

Mas, su padre, que conocía aquella vida, que sabía por experiencia que en el periodismo no siempre el esfuerzo y el talento obtienen recompensa, se negó a lo que juzgaba una locura de su hijo.

No se habló más del asunto, y algunas semanas más tarde, aquella familia abandonó el cálido hogar de San Luis para trasladarse a Nueva York.

Hal Reid tenía el propósito firme de obligar a ingresar a su hijo en la Escuela Militar.

**LA REBELDÍA DEL GRAN
SIMPÁTICO :: PERIODIS-
: : TA Y NO MILITAR : :**

Al llegar a este capítulo, nosotros confesamos que vamos a hablar apasionadamente.

Por muchos esfuerzos que hicésemos, no llegaríamos a la ecuanimidad necesaria de espíritu para hablar imparcialmente de una profesión a la que estamos estrechamente ligados.

Wallace Reid quiso ser periodista, y nosotros, periodistas, que en el periodismo nos iniciamos cuando apenas sabíamos andar solos por la vida, que en el periodismo hemos visto caer sobre nuestra frente los primeros hilos de plata, aplaudimos con entusiasmo esta decisión del que hoy es astro cinematográfico.

De nada sirvieron los consejos de sus padres ni nada le importó la aureola del uniforme.

Cuando llegó a Nueva York, Wallace Reid entró en la Escuela Militar. Iba dispuesto a no estudiar las asignaturas, a declararse

en huelga de brazos caídos, a rebelarse contra aquellas lecciones de táctica militar, que iban a enseñarle la manera más rápida y eficaz de matar a los hombres, sus hermanos.

Y llegó el primer examen y con él el primer suspenso.

Entretanto, en las horas que sus clases le dejaban libre, nuestro hombre escribía artículos periodísticos y cuentos, que, luego, él mismo iba a depositar en los buzones de los periódicos neoyorquinos. De ellos, la mayoría iban a parar al cesto de los papeles y allí se perdían, entre el fárrago de colaboraciones espontáneas.

Otros aparecían en algunos periódicos, casi escondidos entre los anuncios o las noticias del día. Pero Wallace experimentaba un placer muy hondo cuando veía alguna de esas composiciones suyas en letras de molde y, sobre todo, cuando leía al pie de ellas su firma novel.

También su padre, aún ocultándolo, gozaba al ver las aficiones de su hijo, que lo empujaban por el mismo camino que él había recorrido.

Y, cuando se dió cuenta de que el muchacho nunca sería militar, nunca vestiría el uniforme de defensor de su patria, fué cuando Hal Reid interpuso sus valiosas influencias cerca de los directores de periódicos, para que el aprendiz de periodista llegase a ser una firma cotizable.

El *Newark Morning Star* abrió ante él sus puertas, mostrándole el tentador espectáculo de sus linotipias último modelo y de sus enormes rotativas, que amenazaban tragar en pocos minutos la labor de muchas horas de trabajo, devolviéndola luego en tiradas incalculables, que se repartirían por toda la República y aun por el extranjero.

Wallace Reid entró allí en calidad de repórter, para cuya profesión se prestaba su carácter y su inteligencia. El primer trabajo que se le encomendó fué el de hacer la reseña del entierro de un aviador popular que había fallecido la víspera, a consecuencia de una trágica vuelta de campana que su aparato había dado en el vacío.

Salió Reid del periódico acompañado de un fotógrafo y con unos cuantos dólares que el administrador había puesto en sus manos para los gastos de la información. Un auto lo llevó al aeródromo, de donde debía partir la fúnebre comitiva. Pero, con la confusión natural de las prisas y en su deseo de recibir pocas instrucciones, para que no le creyesen falto de la vivacidad necesaria en un hábil repórter, el buen Wallace olvidó lo esencial: el nombre del aeródromo.

Y cuando llegó a aquel campo, que esperaba ver cubierto de coches y autos que acompañarían al muerto a su última morada, lo encontró tranquilo y desierto. Solamente un piloto recorría la gran pista con su aeroplano.

Wallace Reid se informó y supo que la catástrofe había ocurrido

en otro aeródromo que se hallaba al extremo opuesto de la ciudad. Consultó su reloj. Faltaban pocos minutos para la hora del entierro, y no había tiempo material para llegar en automóvil al otro aeródromo. Entonces tuvo una idea genial. Se dió a conocer como hijo del dramaturgo famoso al piloto que tranquilamente recorría la pista, le habló del ridículo que iba a correr si se presentaba en el periódico sin la información, aquella información que por ser la primera era la base de su porvenir. Y tanto habló y tan bien lo hizo, que el piloto le ofreció su aeroplano, y el fotógrafo y él, acompañados de aquel hombre generoso, volaron al otro extremo de la ciudad.

Al día siguiente, el *Newark Morning Star* publicaba del entierro la información más original, acompañada de unas fotografías tomadas a vista de pájaro. Porque cuando Wallace Reid llegó con el aparato al aeródromo donde había ocurrido la tragedia, el entierro había salido y no hubo más remedio, para obtener las fotografías, que acompañar al séquito volando el aparato casi a ras de tierra.

Aquel triunfo le valió a Wallace un inmediato aumento de sueldo. Entonces se fué a vivir a un chalet situado en las afueras de Nueva York, que amuebló a su antojo, gustando más de aquella independencia que de la vida en común con sus padres.

El ansiaba la libertad, él quería vivir alejado de la tutela paterna, para poder gozar de aquella vida que se le ofrecía en la gran ciudad, atrayéndole como el canto de una sirena.

Y frecuentó los escenarios, donde triunfaban todavía las obras de su padre, y el alegre Broadway le brindó placeres fáciles, en el encanto de sus noches eternas.

Después, su inquietud lo impulsó a interpretar un papel importante en el vodevil «La muchacha y el ranger», escrito por el autor de sus días. Obtuvo un éxito franco; el empresario de aquel importante teatro neoyorquino le hizo proposiciones para quedarse en un primer lugar en la compañía. Pero Wallace no quiso aceptar.

Volvió al periodismo, entrando esta vez en el *Motor Magazine*, donde, al poco tiempo hacía alarde de sus facultades reporteriles, realizando una misión difícil.

Había muerto un ciudadano ilustre de Nueva York, que en vida tuvo la extraña manía de no dejarse retratar. En el momento que en las redacciones se supo la noticia de su muerte, los más hábiles reporteros se pusieron en movimiento para buscar por todos los medios una fotografía del difunto. Las peticiones que se hicieron a la familia y a los amigos del muerto dieron un resultado negativo. Entonces Wallace, viendo que por los caminos legales poco o nada conseguiría, esperó a que la noche extendiese su velo sobre las cosas y, penetrando por una ventana, como un ladrón, llegó hasta la capilla ardiente y se apoderó de un retrato del hombre ilustre que la familia había colocado sobre el cadáver.



P (28-5)

Uno de los últimos retratos de WALLACE REID



WALLACE REID en «Por qué tanta prisa?»



WALLACE REID en «Enfermo y en cama»



WALLACE REID en «Audaz hasta la muerte»

El *Motor Magazine*, gracias a él, fué el único periódico de Nueva York que publicó la codiciada fotografía.

De haber continuado en la carrera periodística, que tan brillantemente había emprendido, estamos seguros que a estas fechas el simpático Reid sería una de las primeras figuras del periodismo americano.

Su inquietud espiritual le empujó hacia otros derroteros. Perdonémoselo en gracia al bien que nos hace desde la pantalla, con su optimismo sonriente.

**EL MILAGRO DEL CINE ::
LA AVERSIÓN SE CON-
: : VIERTE EN AMOR : :**

Wallace Reid empezó desdeñando el cinematógrafo. Su padre, que tenía amistades en los estudios de la Vitagraph, lo llevó varias veces allí. Pero el periodista no salió nunca satisfecho. Al contemplar las pinturas y masajes a que se sometían los actores cinematográficos, le pareció que era éste un arte afeminado, que jamás lograría atraerle.

Se equivocó. Al poco tiempo de visitar aquellos estudios comenzaron a interesarle las cualidades de aquél arte nuevo para él. Vió que no tenía el afeminamiento que había sospechado; vió que los actores, lejos de preocuparse solamente de las pinturas y de las poses, se entregaban plenamente a las exigencias de aquél arte, derrochando energía y virilidad.

Por *sport*, por satisfacer su curiosidad, Wallace interpretó en los estudios Vitagraph algunos papeles sin importancia, que pasaron completamente desapercibidos. Aprendió también a manejar la cámara, y, alternando con sus ocupaciones de periodista, compró los derechos para filmar la novela «La Confesión», que interpretó él mismo en unión de su padre.

Después, ya deseoso de figurar en la pantalla, buscó influencias y recomendaciones para los directores de la manufactura Selig, y a los pocos días fué contratado por esta casa para interpretar un rol de nadador en una película que se estaba filmando.

En aquella ocasión, Wallace Reid desplegó delante del objetivo todos los conocimientos de natación que poseía, logrando entusiasmar a sus directores. El mismo se sentía satisfecho de sus es-

fuerzos y esperaba con ansiedad el momento de verse en la pantalla realizando aquellos difíciles ejercicios.

Pero cuando se proyectó la película, vió con asombro y desilusión que su trabajo pasaba casi desapercibido, en un segundo término vergonzoso.

Fué entonces cuando, herido su amor propio por aquello que consideraba un fracaso, se propuso firmemente, con aquella fuerte voluntad que era su característica, seguir actuando en el lienzo hasta llegar a ser una estrella de primera magnitud.

Entró en la Universal, abandonando para siempre el periodismo, que tantos éxitos le prometía.

En la gran manufactura americana supieron apreciar sus méritos, y al cabo de poco tiempo ya se le encargaba la interpretación de primeros papeles, en los cuales su trabajo no quedaba anulado en el odioso segundo término, sino que brillaba en primer lugar.

De esta labor en la Universal data su popularidad, que hoy ha llegado a su punto culminante. Y, el buen Wallace, que empezara a odiar al cinematógrafo, siente hoy por él un cariño ilimitado.

UN IDILIO QUE TERMINA

: : : : : EN BODA : : : : :

En la misma manufactura Universal trabajaba por aquella época la notable actriz cinematográfica Dorothy Davenport.

Dorothy Davenport es una muchacha muy bonita, muy alegre y muy inteligente. Al entrar Wallace Reid en calidad de galán joven en aquellos estudios, los ojos de Dorothy le dirigieron una mirada llena de simpatía y de afecto. Era como el prólogo de un amor que iba a unir dos almas de idénticas aspiraciones.

No necesitaron de muchos esfuerzos para declararse aquel amor que empezaba a turbar sus vidas tan claras. Y se amaron en la nerviosa agitación del estudio, y pasearon por los campos sus sueños de felicidad, y distrajeron a veces su labor para decirse muy quedamente, al oído, un madrigal.

Ningún obstáculo se interpuso en el camino de su dicha. Sus almas se comprendieron desde el primer momento y sus corazones latieron al unísono, augurándoles una vida de mutuo cariño y de mutua estimación.

Por eso pensaron en casarse.

Wallace Reid estaba terminando su trabajo en la película «El Rayo». Y cuando este trabajo llegó a su fin, a las seis de la tarde el día 13 de octubre de 1913, un pastor unió, en el mismo estudio, aquellas vidas que en adelante se disponían a recorrer juntas un camino alfombrado de rosas.

La fecha fatídica en que el enlace se realizó, no ejerció su nefasta influencia sobre el amor de los dos artistas.

En la actualidad siguen amándose como en los primeros días, y, a pesar de seguir los dos trabajando para el público, la gloria del uno no nubla la gloria del otro.

**WALLACE REID EN EL
: : : : : ESTUDIO : : : : :**

Como saben nuestros lectores, Wallace Reid trabaja desde hace algunos años en los estudios de la Paramount Artcraft en California.

En una intervención celebrada hace poco con él por un periódico de Nueva York, el actor favorito de las mujeres no se queja del trabajo excesivo ni de los peligros que acompañan a su profesión accidentada.

Su censura es para el clima.

California, según él es un horno candente, contra cuyo clima se estrellan todas las energías y todas las actividades. Sin darse uno cuenta, la pereza invade el organismo, de tal modo, que cuesta un trabajo improbo hacer el menor movimiento.

Vemos en esto un poco de exageración. Claro está que en la bella California reina una temperatura casi tropical. Gracias a ella, en los estudios se puede trabajar todo el año, y su luz viva logra en las películas esos efectos sorprendentes de fotografía, que ni las mismas películas italianas pueden igualar.

Casi todos los actores de los Estados Unidos trabajan en California, y de allí salen esas cintas de series, tan movidas, en las que los actores realizan un trabajo extenuante, sin demostrar el menor decaimiento.

El mismo Wallace Reid, en la mayoría de sus películas, se nos presenta en constante movimiento, y la pereza a que él hace mención en sus declaraciones, no la sorprendemos por parte alguna.

Contrastando con su censura, vemos su trabajo continuado, un trabajo que es todo dinamismo y acción. Le vemos realizar toda

suerte de ejercicios atléticos, lo admiramos cultivando todos los deportes con una seguridad de maestro consumado, sin que la fatiga ni el desaliento asomen su rostro jadeante.

Porque Wallace Reid, a pesar de sus afirmaciones, gusta de la constante actividad, ama los locos paseos en automóvil y las aventuras peligrosas, que han dejado en su cuerpo marcas imborrables.

Así se nos presenta, y así es, en las escenas de exteriores, donde tiene ancho campo para desarrollar sus aficiones atléticas.

Cuando tiene que interpretar escenas de interiores, el carácter de Reid sufre un cambio brusco. Las horas que pasa en las galerías se imagina pasarlas en una prisión. Entonces, los momentos que permanece inactivo, esperando que le toque su turno para posar, son para él un suplicio.

Poco a poco, el nerviosismo le va invadiendo, y para vencerlo no se le ocurre otra cosa que recorrer el estudio a grandes pasos, con las manos cruzadas sobre la espalda, fumar constantemente, y, de vez en cuando hacer flexiones con el cuerpo, como si quisiese asegurarse de que sus miembros poseen la debida elasticidad.

En ocasiones, la nerviosidad que le domina se agudiza en grado máximo, sobre todo al terminar de interpretar una escena intensa, escuchando los gritos del director, que cuida de que los artistas permanezcan en estado febril, para que puedan crear con entusiasmo.

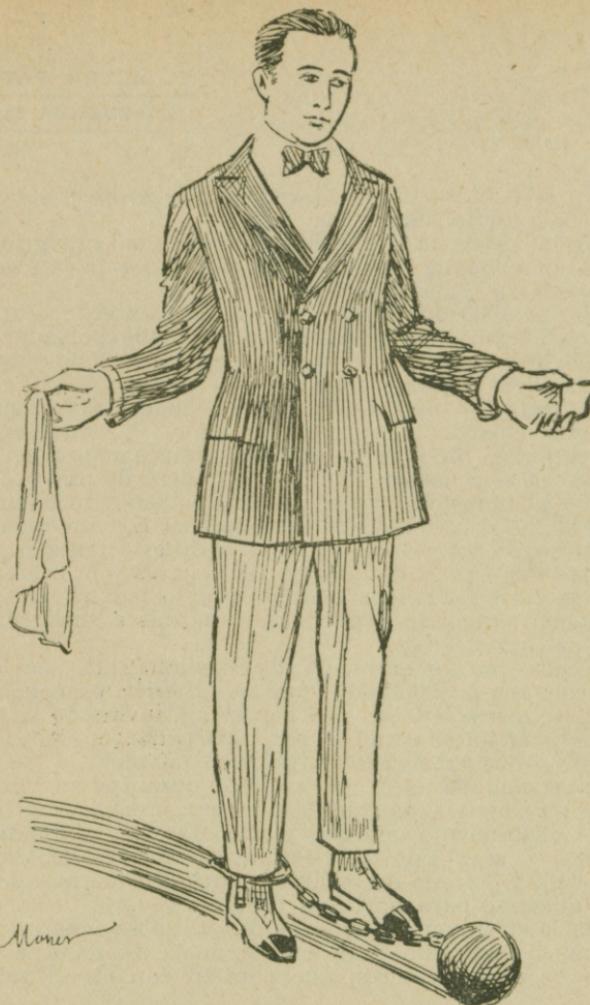
En esos momentos, Wallace corre a su habitación del estudio, desciende el violín que allí tiene, con mano temblorosa y toca cualquier melodía sentimental.

Poco a poco, influenciado por el encanto de la música, la serenidad va volviendo a su espíritu, y cuando se le llama de nuevo, está en condiciones de poder reanudar su trabajo.

En el momento de trabajar, le ocurre a Wallace un caso extraño. Cuando la voz del director suena al lado de la cámara diciendo: «¡Reid, en situación!», el artista se olvida instantáneamente de su nerviosidad anterior, de sus desmayos momentáneos y comienza a moverse ante el objetivo con una naturalidad que poco a poco va en aumento, hasta llegar al absoluto verismo. Es como si su imaginación se alejase de aquel estudio, de toda aquella tramoya que le rodea, para vivir la vida del personaje que está creando. Es como si la voz del director le hipnotizase y le obligase a seguir sus mandatos.

Por eso, en todas sus películas, Wallace Reid se nos presenta como un espejo de naturalidad. Y no podemos concebir cómo un actor puede desprenderse de su personalidad efectiva hasta el extremo de darnos una sensación tan absoluta de verdad.





Wallace Reid en una de sus creaciones

Dibujo de Moner

EL ACTOR PATRIOTA ::
: LA GUERRA EUROPEA :

Un día, los Estados Unidos, ese pueblo vigoroso y sano, experimentaron una fuerte conmoción.

Los periódicos de la mañana anuncianaban que la gran nación americana abandonaba su puesto de espectador para lanzarse en el torbellino de la guerra europea.

Había en toda la república como una borrachera de entusiasmo. Diríase que el genio guerrero de los primeros pobladores de la gran nación revivía en sus descendientes, haciéndoles olvidar sus virtudes pacíficas y sedentarias.

En California fué en uno de los sitios donde más intensamente se hizo sentir el ardor bélico. Hollywood y Los Angeles, los dos centros cinematográficos de los Estados Unidos fueron en aquellos días siguientes a la noticia como un hervidero de pasiones guerreras, en que hombres y mujeres rivalizaban en patriotismo.

Por todos lados ondeaban las estrellas de la bandera nacional. Los hombres recorrían la ciudad en manifestaciones patrióticas, mientras las mujeres se reunían en los hogares y acordaban hacer cuestaciones para los muchachos que pronto partirían a Francia, y se fundaban sociedades femeninas dedicadas a surtir de ropa y tabaco a los combatientes.

En las calles, en los bares, en los cinematógrafos, en los bailes públicos, con esa prodigalidad que los americanos ponen en sus propagandas, aparecían carteles llamativos invitando a todos los ciudadanos a alistarse en el ejército, para dar un golpe decisivo al militarismo que amenazaba invadir al mundo.

Las lindas nadadoras de los estudios organizaban vistosas caravanas que recorrían las ciudades del sur, pregonando la necesidad de un alistamiento general, y haciendo, al mismo tiempo, a los hombres, el regalo de la visión de sus formas de Venus.

Wallace Reid, llevado de su ardor patriótico fué uno de los primeros en alistarse para partir al frente.

De nada le sirvieron las súplicas de su esposa, que no se resignaba a romper el encanto de su luna de miel. De nada le sirvieron los ruegos de sus directores, que perdían con él un valiosísimo elemento.

Se había empeñado en irse y se iría, aunque se opusiese el universo. Y, una mañana, abandonó su hogar, donde quedaba esperándole el amor, y entre un grupo de artistas que pensaban como él, partió a Nueva York.

Pero no pudo embarcarse para Francia. A los pocos días de hallarse en la ciudad de los rascacielos, realizando los trámites legales, fué detenido por los agentes de policía en el mismo hotel donde se hospedaba.

El motivo de su detención no era otro que incumplimiento de contrato. La casa Paramount, que no quería perder a aquel actor, que había agotado todos los medios para convencerle de que no hiciese aquella locura de marcharse, pues más serviría a su patria quedándose en su país, al verlo todo perdido, echó mano del último recurso. Wallace Reid tenía firmado un contrato por un número determinado de años, y aquel contrato no había expirado. Por lo tanto, el artista estaba obligado a cumplir sus compromisos.

Mal de su grado tuvo Wallace que volver a California, renegando de los contratos, de los directores y hasta del día en que se le había ocurrido meterse a actor cinematográfico.

Cuando llegó a su hogar, supo que su esposa no era ajena a aquella reclamación de la casa Paramount y que ella misma había influido cerca de los directores de la casa para que utilizasen unos derechos a los que ellos habían renunciado ya generosamente.

Y, en aquella ocasión, debió reirse el buen Wallace con esa risa suya tan cordial y tan simpática y debió abrazar muy cariñosamente a su esposa intrigante. Que no en balde ella había hecho todo aquello por conservar a su lado al hombre que amaba.

No pudo Wallace Reid volver a pensar en una nueva escapatoria, porque a los pocos días el Gobierno americano, hábil y práctico como siempre, creó una ley eximiendo del servicio militar a todos los artistas, con el pretexto de que el pueblo necesitaba más de diversiones en tiempo de guerra que en tiempo de paz.

En realidad, Wilson el Grande, comprendió que la industria cinematográfica era un elemento poderoso en su país y que no convenía que la guerra le restase sus artistas, sin los cuales sobre vendría inmediatamente la paralización de aquella fuente de risa y propaganda.

Y he ahí por qué, ahora, Wallace Reid no puede ostentar sobre su pecho unas cruces ganadas en los campos de batalla.

Felicitémonos de ello. Si hubiese ido, tal vez una bala nos hubiese privado de su arte.



EL ARTISTA EN SU
::::: INTIMIDAD ::::

En su intimidad, Wallace Reid vive la vida de los artistas de Los Angeles.

Posee un hotelito muy coquetón, muy confortable, con un gran jardín y pista de *tennis* y de polo, y estanque, donde el artista se baña diariamente.

Posee además dos autos soberbios: uno de carreras y otro de paseo, con los que recorre constantemente, solo unas veces y otras en compañía de su esposa, los bellos alrededores de Los Angeles.

Su salón de gimnasio es digno de figurar en un gran club y en él pasa diariamente unas cuantas horas de la mañana, entrenándose en toda clase de ejercicios, que mantienen su cuerpo en permanente robustez y flexibilidad.

En aquel chalet confortable y risueño, tienen el nido de su amor esos dos artistas de la pantalla, que han sabido encontrar sus almas a través de una vida de ficción, en que los hombres y las mujeres acostumbran a disfrazar sus sentimientos, no pudiendo arrojar lejos de sí la máscara de los personajes que crean.

Allí viven y allí se aman. Y, por ahora, nada nos anuncia su divorcio.

MIGUEL GARCÍA ACUÑA



TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual, *España y Portugal*: 18 ptas.- *Extranjero*: 25 ptas.

»	semestral	»	»	9	»	»	12'50	»
»	trimestral	»	»	4'50	»	»	6,25	»

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

J. A. C. — Albacete. — Servido el envío el 26 próximo pasado.

J. F. — Valencia. — No tenemos los argumentos que nos pide.

Una admiradora de Perla Blanca. — «Fox Film Studios», New-York (City), Estados Unidos.

M. A. — Lisboa (Portugal). — Para argumentos le enterarán nuestros correpondentes en esa capital.

A. M. — Igualada. — Oportunamente se publicarán las biografías que indica. Para argumentos al señor correspondsal en esa.

E. G. — Málaga. — Efectuado el envío el 1.^o actual.

J. V. — Zaragoza. — Algo tenemos pensado sobre el particular. Las cartas con sellos de 20 céntimos.

G. C. S. — Ciudad. — Sentimos no poder atenderle, pues contamos ya con los redactores de la casa. Se le agradece la deferencia.

J. S. — Madrid. — La dirección de Douglas Fairbanks, es Beverly-Hills, California (Estados Unidos).

A. M. — Valencia. — Servido el envío el 4 corriente.

L. R. C. — Madrid. — Con tiempo irán saliendo todos los que menciona.

